

MADRE Y MAESTRA



En esta vida, montar en cólera es sumamente fácil. Para conseguirlo a mí me basta con encender la televisión y ver en cualquiera de los canales públicos un concurso subnormal, una comedia española de bragas, boinas y calzoncillos de los primeros setenta o una película fascista de Charles Bronson. Lo que hago entonces, la mayor parte de las veces, es que oprimo en el mando a distancia un botón señalado con la palabra off y me pongo a leer, o a escuchar un disco, o a no hacer tranquilamente nada. De la existencia de ese botón parecen no percatarse cerebros tan exquisitos como los de los psicólogos que teorizan sobre la influencia funesta de la televisión en los niños, ni tampoco un cierto número de padres, algunos de ellos de izquierdas, que convierten a la televisión en el monstruo de todas nuestras desgracias culturales y educativas, pero que a lo mejor no se ocupan de impedir que sus hijos pasen horas y horas ante el célebre aparato.

Que la mayor parte de los programas que emiten las televisiones son repulsivos no significa que la televisión tenga que serlo automáticamente, ni tampoco que los padres y los educadores descarguen sobre ella más responsabilidad de la que le pertenece, que no es poca, desde luego, pero que sería mucho menor si los padres y los educadores cumplieran la función que a ellos les corresponde, que es, ni más ni menos, que la de educar.

No hay coloquio sobre literatura en la que no se escuche el rutinario lamento por la derrota de la palabra escrita y del libro en un mundo dominado por la imagen y por los soportes electrónicos. Pero da la casualidad de que nunca ha estado tan extendida la alfabetización como ahora ni han sido tan accesibles los libros. Cualquier anuncio de televisión nos informará de eso: continuamente están apareciendo en los quioscos colecciones excelentes de libros de primera calidad, bien encuadernadas e impresas, poniendo a disposición de todo el mundo a precios razonables un catálogo más extenso del saber y de la imaginación humanos que aquellos que tuvieron a su disposición los lectores más privilegiados de las generaciones anteriores.

La imagen no conspira contra el libro; la única conspiración eficaz es la de la ignorancia. Los dibujos animados más sádicos, la película más sanguinaria, el concurso más degradante pierden en un segundo toda su eficacia si se apaga el televisor, o si no ha llegado a encenderse, pero, sobre todo, si al niño se le está dotando de la formación precisa para que esos mensajes de crueldad no lo alcancen ni le dañen, es decir, y otra

No hay coloquio sobre literatura en el que no se escuche el rutinario lamento por la derrota de la palabra escrita y del libro en un mundo dominado por la imagen.

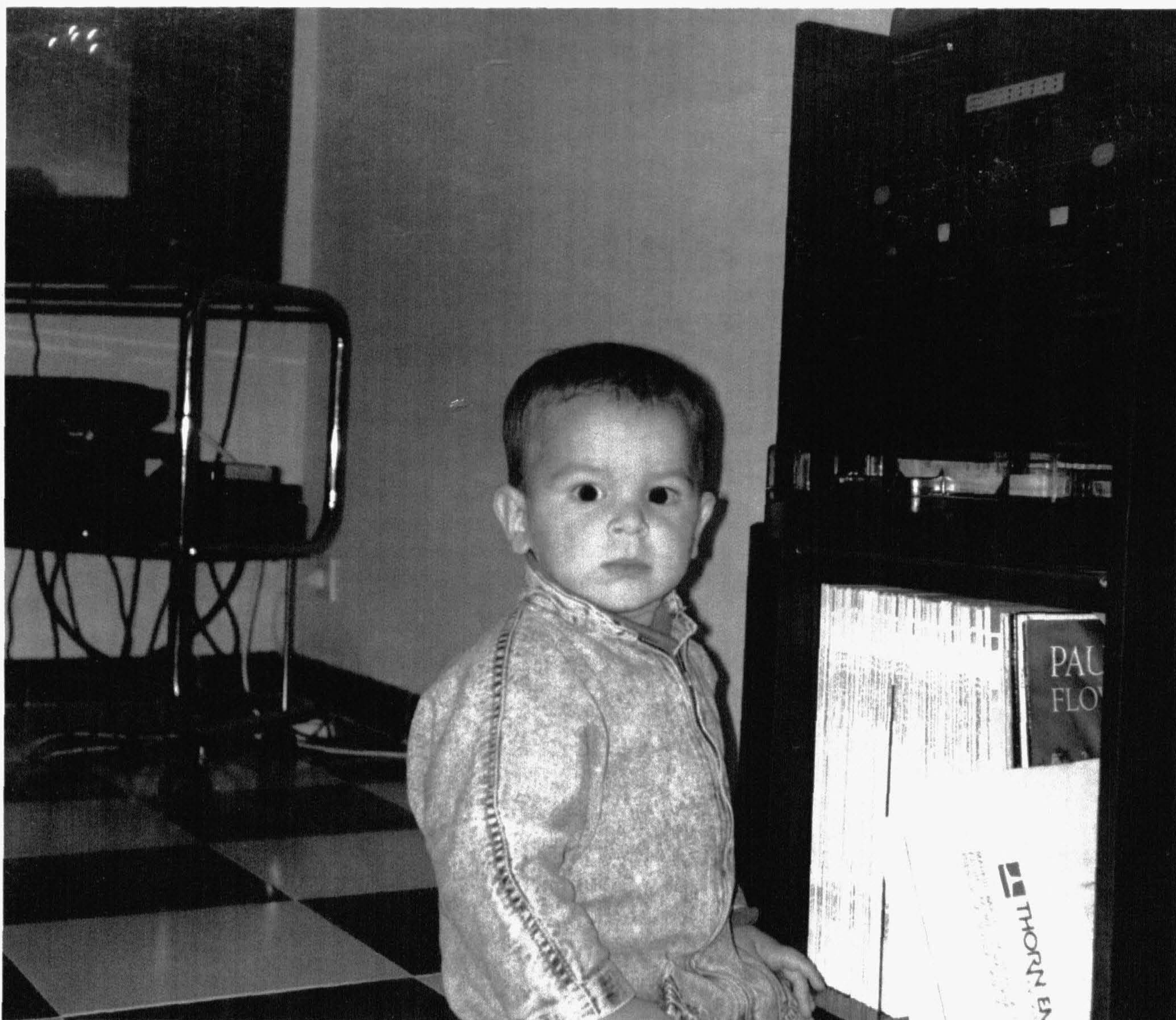
vez conjugo el mismo verbo, si se les está educando. Los padres, y también los programadores, sabemos que si a un niño se le deja frente a un televisor puede verlo todo indefinidamente; a los padres nos corresponde dictar normas que administren su uso, que les permitan disfrutar de una película, de un documental o de una serie de dibujos animados sin tragarse por añadidura toda la bazofia que se está emitiendo sin descanso, o sin quedarse congelados en el hábito de mirar una pantalla luminosa.

En la televisión pública española —no hablo de la privada porque, aun siendo detestable, su miseria no es asunto mío, no la estoy pagando yo— parece haberse instalado definitivamente la convicción de que cualquier muestra de dignidad perjudica los índices de audiencia, y ésta es una coartada magnífica para abdicar de la responsabilidad de cada uno, o para atribuir a los demás lacras mentales que le pertenecen a uno en exclusiva: ¿a cuántas figuras y figurillas de la televisión les he oído decir que el problema es que al público sólo le gusta la basura, así que ellos hacen lo que hacen porque no tienen más remedio, porque se sienten obligados...?

Que cada palo aguante su vela: a la televisión no se le puede atribuir la tarea de madre y maestra de los niños y enfadarse luego porque no la cumple; tampoco se le puede achacar una creciente brutalidad colectiva de la que ella es un síntoma y un reflejo, aunque también una poderosa palanca difusora. Si hay niños con el cerebro tan deformado por la televisión como el cuerpo por los bollicaos y las hamburguesas,

A la televisión no se le puede atribuir la tarea de madre y maestra de los niños y enfadarse luego porque no la cumple.





La imagen no
conspira contra
el libro: la única
conspiración
eficaz es la de la
ignorancia.

si hay adolescentes que ignoran que no se eructa en clase y que las puertas no se abren de un empujón, si hay universitarios que llegan al doctorado escribiendo con faltas de ortografía e incapaces además de expresar por escrito un pensamiento racional, la culpa no es de la televisión, aunque ésta actúe como cómplice entusiasta de los verdaderos culpables. La culpa es de los padres, de los educadores, de los gobernantes que redactan y aprueban leyes delictivas sobre la enseñanza, de la tendencia al cinismo, a la cara dura y al manga por hombro que parece alentar en nosotros mismos y en la mayor parte de nuestros compatriotas.

Dicho todo esto, también debo decir que si monto en cólera cada vez que enciendo la televisión es justo porque me gusta mucho verla y porque estoy seguro que puede ser un instrumento magnífico para distraer y educar. El televisor podría ser, como la radio, como el libro, como el "compact-disc", una de esas máquinas maravillosas que nos mejoran la vida y nos prolongan la mirada y la imaginación. ¿Quién puede decir en estos tiempos que la tecnología es enemiga de la inteligencia y de la cultura? Su único enemigo es la imbecilidad. Así que para que mejore la televisión lo que hay que mejorar es la instrucción pública.

Antonio Muñoz Molina